

Yoise Esmil Gutiérrez Pérez

LA TIERRA PROMETIDA



Una brisa se cuele entre la selva y luego se descuelga de las montañas para pasearse entre las bananeras, donde los racimos de oro están listos para la cosecha; un machete bien afilado grita cuando es portado por la mano fiera de un campesino moreno o quizá de piel trigueña. Se escucha el sonido de la garrucha y de las botas pantaneras, de los hombres que gritan de parcela a parcela ajustando la cuota del día para la empresa, porque esa tierra labrada por sus manos hace mucho que ya no es suya, es de las multinacionales que se llevan pa los “yunais” y pa otros “ais” el plátano medido, lavado y sellado, en contenedores cargados de sueños de un progreso que no ha llegado. Pero ese es otro cuento, que incluye muertos, políticas y guerrillas.

Sigamos hablando de este cuento en un mundo de maravillas, de una región pujante que cuando escucha sonar su himno, no solo lo canta, sino que también lo grita “salve, salve tierra grata y promisoria, suave olor de la fruta en sazón...” donde las pieles morenas se tongonean, entre blancos pálidos que vienen de otra región. Donde los sabores se huelen desde que se cruza por Mutatá y los colores del amanecer caliente y húmedo y del

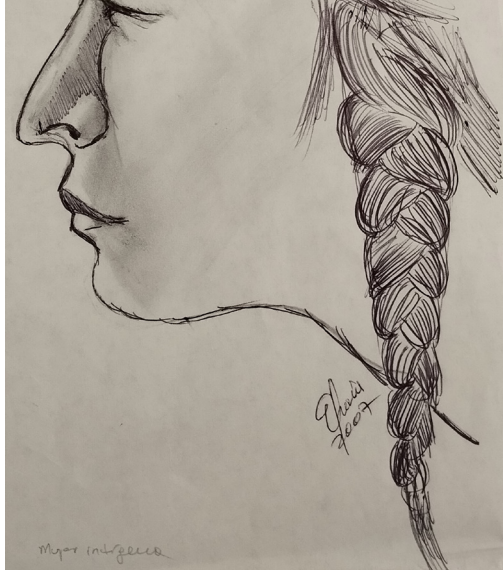
atardecer naranja fuego, se vuelven un paisaje digno de admirar, porque Urabá permítame que le cuente, no es un cuento, es toda una realidad.

Allí los hombres y mujeres hicieron de las balas, cañones y masacres, un himno de paz; los recuerdos no se han ido, pero no son cadenas que atan sino alas con sabor a libertad. Baste ver a Wenceslao y Fidelio bañarse sonrientes en cualquier río que para ellos es el mar, mientras doña Ana y Berenice, poniéndoles el apellido que usted quiera: Moreno, Mosquera o Palacio lavan su ropa en medio de risotadas y de las ultimas noticias que recolectó el marido en la gallera o quizá en las bananeras donde suelen trabajar.

Allí también se pueden encontrar los Vásquez y los Velásquez e incluso ahora tenemos a los Moreno Vásquez, los Palacio Yepes, los morenos más claritos y las madres blancas con hijos churquitos, de pelo apretao imposible de domar y también tenemos abuelas blancas de nietos negros y madres negras con hijos blancos.

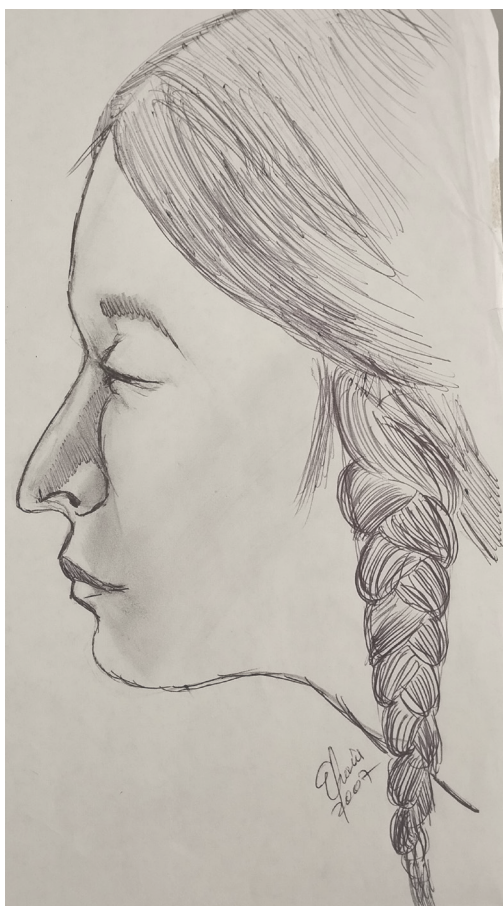
Si lo pienso bien mientras les cuento el cuento, que no es un cuento en realidad, Urabá no tienen acento, porque allí se mezclan las voces como himnos, un chilapo y su golpeo, un paisa bien arrastrao, un





chocoano bien cantao y un indígena emberá. En esta tierra convergen todos, y todos hablan sin parar, allí ya no hay razas solo hermanos con un mismo sueño, un mismo ideal; porque como dicen los que lo cantan "si usted ve una cara sonriente es que es de Urabá"

En esta tierra vive una niña, bueno viven varias en realidad, pero esta niña tiene algo especial, aunque todas lo tienen (son de Urabá), esta niña se llama Bacota (flor de plátano), nació en Apartadó (rio de plátano) cuando el pueblo apenas era pueblo, cuando era más un conjunto de potreros que de barrios y zona industrial. Ella vio las filas guerrilleras, escuchó los discursos de revolución y libertad, vio al ejercito luchando en contra y a favor, vio a los políticos y sus promesas por una prospera región y también los vio olvidarse de cada palabra después de la elección. Bacota era tierna, pero escuchaba y veía silenciosa, pensando si aquella tierra tan maravillosa de la que hablamos desde el principio, era digna de ella y de sus futuros hijos.



Bacota vio la muerte, el horror, la desesperación, las madres buscando hijos y los hijos llorando padres. Bacota vio lo que un niño no debía mirar y lloró lo que un niño jamás debería llorar. Mientras sonaban los rifles ella como otros tantos corrió a las montañas buscando refugio o en los baños de las casas confiando en que las baldosas no dejan penetrar las balas. Bacota, vio muerte, pero también saboreó la vida, porque en medio del llanto y el miedo, una mano la rodeó, la cubrió de besos y la arropó con una túnica inmensa y verde de sueños llamada Abibe (serranía) que guardaba dentro oro y esmeraldas, apetecida por los que hacían la guerra y al mismo tiempo tan olvidada.

Bacota contempló que la guerra no impedía que al otro día los niños fueran a las escuelas, los hombres a la faena, las mujeres a la cocina, a la iglesia o a lavar el plátano en tiempo de la cosecha. Vio que la música no cesaba con los picó de desorbitante volumen que seguían encendidos, los comercios seguían vendiendo, las cantinas seguían embriagando a sus borrachos, y los lugares de azar seguían abiertos. ¿La gente olvidaba así de rápido a sus muertos? No, en verdad no era felicidad, era el recuerdo de los caídos con la esperanza de los que aún estaban en pie.

Bacota concluyó, cuando apenas era una niña y ahora que es una flor con racimos bellos, que Urabá es la tierra prometida que Dios le dio; una tierra prospera digna para criar a sus hijos, tan libres como la hoja de la musa paradisiaca, tan amplios y generosos como el río León, el Atrato y el mismo golfo de Urabá. Hijos con sentido de patria, que canten el himno con la mano en el pecho como signo profético de un corazón que se da.

Urabá quizá no sea para muchos una tierra de ensueño, pero para Bacota, Urabá es su Edén, es aquella tierra que emana leche y miel, es la tierra de Caterin Ibargüen, Yuberjen Martínez, Céiber Ávila, Francisco Mosquera, Juan Camilo Zúñiga y Juan Guillermo Cuadrado. Es la tierra de donde te sacan por la fuerza y a punta de fuerza y tramites regresas. Es una tierra mágica, y si no lo creen pregúntenle a ese montón de gente blanca, blanca de ojos azules, que llegaron por días y se quedaron mil años.

Bacota, ya está lista para la mano fiera del campesino moreno, que vendrá en el tiempo de la cosecha por sus frutos. Su vida ha sido buena, se va conociendo el sonido de un buen vallenato y un sabroso y profético bullerengue. Ya Bacota no es una niña, es una abuela encanecida por los años; ya no le tiene miedo a la muerte, pues ha visto mucha, y porque aprendió a vencerla con la vida, con poemas, con canciones, con su pueblo, con su gente y ahora **¡que recojan sus racimos!**

